



LOS MONOLOGOS DE MARIPI

EL SEÑOR DE BILBAO

Estaba yo en la barra del Club, a mi hora, como siempre, que una es cumplidora y tiene sus horarios para todo, hasta para el vicio, y allí no entraba ni Kissinger, que mira que le tiene afición al género. De modo que le estábamos dando al póker de dados con las compañeras, que la Rosalia tiene una potra de muerte para el póker de dados, y nos estaba enseñando la Guerrillera unos leotardos butano que le ha comprado su novio, que tiene mucho gusto para los leotardos, y que los llevaba puestos del todo la Guerrillera, hasta la cintura, y en esto que te entra un señor de Bilbao, que me lo dije nada más verle dejar la pelliza en la garita:

—Chicas, un señor de Bilbao.

Yo digo, con el señor de Bilbao que ligue su padre, que en seguida te cuenta lo de los Altos Hornos y todo el rollo, que a éstos me los sé yo como la madre que los alumbró, así que se fue para allá la Guerrillera, aprovechando que estrenaba leotardo butano, pero el señor de Bilbao la había tomado conmigo, el tío, que los hay obsesos y sexuales, y que como te llamas, oye, pues me llamo Maripi, oye, pero me he ocupado y lo siento.

Que tú te vienes conmigo a Bilbao, Maripi, y te pongo unos Altos Hornos, y qué va a decir tu señora, rico, mi señora dice que hornos más altos han caído, y así todo el rato, venga de largar, pero sin aclararse. Total, que me explico lo que era el bacalao al pil-pil, el chirimirí, las Siete Calles, la ría y un tal Zunzunegui, que dice que escribe novelas, con ese apellido, que yo creí que sería un oriundo del Real Madrid.

Dice el gachó que desde Santurce a Bilbao viene por toda la ría, con la saya levantada, luciendo las pantorrillas, y al final saca una cesta de sardina fresca y me la pone barata. Total, que, ya puestas, le compré un cuarto de kilo para la cena. Estos señores de Bilbao, ya se sabe, siempre van a lo suyo.

LORD

